

prema aventura, es la "novedad" que se confiere a los hechos monótonos, que no todos los mortales distinguen.

Pero hay todavía otros méritos en este libro de Benedicto Chuaqui, que la Editorial Nascimento ha lanzado recientemente en segunda edición. La pureza de la forma va unida a una extraña limpieza del fondo, algo que ya no corresponde al artificio o al pulimento retórico, sino que engarza en la idiosincrasia misma de este escritor chileno-sirio. La fortuna cuando llega por golpes de suerte, puede irse con la fugacidad con que ha caído en las manos dichosas, pero el triunfo obtenido poco a poco, a fuerza de contención y paciencia, sin entregarse a nada que disminuya o aniquile, seguros siempre de que los obstáculos son estimables, pues fortalecen la propia personalidad, depurando la expresión artística, parecen asentarse en bases más duraderas. Y aquí reside, a nuestro juicio, el valor principal de este libro.

La literatura de las sociedades nuevas se enraíza más que en logros expresivos, en la verdad de sus documentos humanos. Así como los árabes, muchos extranjeros han triunfado en Chile; pero cuando pasen los años será interesante buscar estos testimonios vivos, francos, de los duros comienzos. Y en ese sentido la obra del antiguo emigrante que fue Benedicto Chuaqui tendrá un valor indiscutible.—*L. A. M.*

■

"LA VEREDA DEL VIENTO", de *Gilberto Llanos*

Un primer libro es una proeza de entusiasmo, de increíble ilusión. Algunas personas pasan la vida entera con esperanza de publicar un libro, han recitado trozos a sus íntimos y en la vejez, cuando se han atrevido a materializar la antigua idea, la obra ha caído en el silencio. Es que se imprimen más libros de lo que el público sospecha, libros en los cuales nadie repara, aparte de aque-

llos con que sueñan los cultores de otras actividades, que en su fuero recóndito habrían deseado ser poetas, novelistas, cuentistas.

Acaba de aparecer en estos días, bajo el sello también sorprendente de "Ediciones Guardia Vieja", un libro de poesía: *La Vereda del Viento*. Su autor, Gilberto Llanos, es un poeta joven, egresado de la Escuela de Derecho, que se desempeña además en la fiscalía de un organismo de previsión. En medio del tráfago burocrático, entre avalanchas de consultas y papel sellado, el poeta ha tenido tiempo y valor para aislarse y enfrentándose consigo mismo, afrontar el mundo y las cosas, con ese modo inesperado y radiante, caracterizador de la verdadera poesía. Porque el arte además de traslucir belleza, emoción estética, irradia, en sus mejores alcances, nobleza y bondad, visión generosa de los sucesos vitales que en un nivel más bajo se convierten en actos mediocres y rutinarios.

Con una poesía sencilla, diáfana, hebra de luz que se entromete en la obscura complejidad del ser, con riesgo, a cada instante, de extinguirse; estría de agua cristalina que se desliza sobre arenas pesadas, Gilberto Llanos exhibe, en su primer libro, la condición básica de un verdadero poeta: una compleja y vivísima sensibilidad.

Cuando estudiamos la literatura del siglo pasado, llegamos a la conclusión de que sus grandes prosistas, actores también en la gestión pública, no han sido sobrepasados. En cambio, el siglo XX es un período denso de poetas, de líridas que afloran sin pausa, haciendo pensar en el misterio de esta floración en un país de vida difícil, de mentalidad retraída, insular, según el decir de agudos observadores.

Gilberto Llanos es uno de estos inconfundibles poetas y su primer libro, desprovisto de prólogo y referencias biográficas, trae una hermosa portada, con un cardo sacudido por el viento, del pintor Nemesio Antúnez.—L. A. M.